



UEBLO EN VILO A LOS OJOS DE LA
HISTORIOGRAFÍA FRANCESA

Thomas Calvo
(UNIVERSIDAD DE PARÍS X NANTERRE)

En septiembre de 1994, la Universidad de Guadalajara organizó un homenaje bien merecido a don Luis González. Estaba entonces el “francés de turno” y me propusieron naturalmente participar con una comunicación que tenía por tema “*Pueblo en vilo* a los ojos de la historiografía francesa”. Permanecí un tiempo perplejo un poco como, para retomar la expresión gala, “una gallina que hubiera descubierto un peine”.

Mi modestia podía sufrir de eso: ¿no era pretencioso (y con muchos riesgos) reducir la historiografía francesa a “mis ojos”? Sería sin duda poco científico (y no muy cortés) medir *Pueblo en vilo* con el patrón francés de pasos y medidas que además es bastante heterogéneo y sin vocación de hegemonía (por lo menos desde hace algunas décadas...) Podía haber como un aire de parentesco pero no significaba forzosamente vínculos de filiación ni siquiera espirituales fuera de los obligados entre *clionautes*, para retomar el término de don Luis. Sin embargo todas estas dificultades –tantos desafíos–, el respeto y la admiración que me inspiraban el autor y la obra, la preocupación de desmitificar (no aceptar como un postulado: *french history is beautiful*) me llevaron a aceptar la proposición.

En realidad estoy llevado aquí por algo más profundo. Arriba de todo existe la oportunidad de tocar con el dedo algo esencial en la actividad histórica: la relación establecida entre el sujeto (el historiador) y su objeto (aquí San José de Gracia). En este caso preciso, el tema ofrece aun más refinamientos: ¿más allá de una identificación, más o menos necesaria, no tenemos aquí una verdadera fusión “josefina” entre sujeto y objeto? Para que nuestra perplejidad (y jubilación) sean completas, debemos de agregar que precisamente “la escuela francesa” (¿sí acaso existe?) no se mueve con mucha facilidad en estos dos terrenos, aun si ha producido obras de historiografía sumamente notables,¹ si ciertos

¹ H.-I. Marrou, *De la connaissance historique*, París 1975; F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, 1980.

trabajos sobre las culturas populares han sido pioneros.² Las monografías pueblerinas son generalmente menos logradas. Las ambiciones de la historia universitaria sobrepasaron con frecuencia la dimensión del objeto;³ la fortuna, un tiempo, de la demografía histórica orientó con frecuencia el proceso.⁴

Así, al considerar la cuestión planteada como un simple punto de salida, intentaremos con toda honestidad darle respuesta. Aparecerán entonces reticencias, inadecuaciones, sin que por lo tanto, eso indique por supuesto, un juicio de valor en favor de una u otra de las percepciones. Las respuestas mismas nos permitirán acceder a otras perspectivas que, esperemos, aclararán de otra manera el panorama josefino.

Entonces llevemos al mismo telar *Pueblo en vilo* y la historiografía francesa. Y para empezar, confrontemos a don Luis y los franceses... Los vínculos del patriarca de San José con la cultura francesa son bien conocidos. Existe en él una manera de pensar, una distancia en relación a los hechos y las cosas, un espíritu suavemente mordaz que nos regresan a los tiempos de Montesquieu y Voltaire. Le gusta recordar su estancia en Francia, su amistad con algunos franceses (Jean Meyer, Jean-Pierre Berthe). Su manejo de la gran historiografía francesa (la que se detiene en los setenta) es impecable, sus últimos libros, hasta en sus títulos (*El oficio de historiar* es un guiño a la obra de Marc Bloch), lo demuestran con toda claridad. Hecho rarísimo entre los historiadores latinoamericanos de hoy (¡desgraciadamente!) acostumbra citar a los autores anglosajones en sus traducciones francesas (¡o por lo menos belgas!)

Tantas afinidades sólo pueden encontrarse en el libro publicado por primera vez en 1968. El contexto era favorable a cierta influencia de las

² Los trabajos de R. Mandrou sobre la literatura de venta ambulante (de cordel) siguen siendo todavía fundamentales, *De la culture populaire aux xvne et xviii siècles. La bibliothèque bleue de Troyes*, París, 1964. Si se quiere frecuentar el universo pueblerino, véase J.-P. Gutton, *La sociabilité villageoise*, París, 1979. Una buena síntesis, R. Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (xve-xviii siècle)*, París, 1978.

³ Es el caso de la excelente obra de P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730, contribution à l'histoire sociale de la France au xvii siècle*, París 1960.

⁴ Es el caso muy claro de la obra por cierto fundadora, *La population de Crulai, paroisse normande. Étude historique*, París 1958, el demógrafo L. Henry habiendo aquí "derivado" el proceso del erudito local E. Gautier.

corrientes francesas. En El Colegio de México, la apertura hacia los profesores franceses empezaba: Claude y Françoise Bataillon acababan de permanecer ahí, Jean Meyer daba clases; jóvenes investigadores regresaban apenas de Francia (Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano). Un poco de este ambiente se siente en el prólogo de *Pueblo en vilo*, y por cierto a la primera referencia bibliográfica concierne un artículo de Paul Leuillot, historiador francés, especialista en microhistoria.

Pueblo en vilo puede considerarse como una de las obras maestras de lo que se llama la microhistoria. Pero precisamente, ¿cuales son los vínculos entre este género histórico y la historiografía francesa? Sin lugar a duda sobre el escenario francés, la microhistoria (que no confundimos con la historia local, tradicional, entre las manos de eruditos estimables) se vuelve posible con las nuevas orientaciones de los años 1920-1930, que ven nacer una nueva historia, más cercana a los “olvidados”, a los “de abajo”. Luis González lo traduce así: “en el escenario josefino nunca ha tenido lugar ningún hecho de los que levantan polvareda más allá del entorno de la comarca”.⁵

Y cuando don Luis escribe “todo libro de historia es necesariamente incompleto” (p. 19), encontramos una suerte de eco a la profesión de fe de Lucien Febvre, “no seré completo”.⁶

Para las nuevas corrientes que se expresan a través de la revista *Les Annales*, la microhistoria tiene otro interés: aleja de los grandes temas, no posee la misma carga afectiva, ideológica, y luego puede alcanzar una cierta imparcialidad. Don Luis escribe lo mismo: “en su tipicidad está su fuerza. El área histórica seleccionada no es influyente ni trascendente, pero sí representativa” (p. 16).

La obra responde a otra de las aspiraciones de lo que fue la historia de *Les Annales*, la tentación de lo total, “lo universal” como lo estampilla el autor: “esto pretende ser una historia universal de San José de Gracia” (p. 17) Se encuentra entonces en su lugar la geografía histórica (“se

⁵ P. 16, utilizamos la edición de El Colegio de Michoacán de 1995.

⁶ “Completo, esa bella palabra de niño o de viejo sabio: es un todo. No seré completo. Quisiera una vez más entender y dar a entender”, *Amour sacré, amour profane, autour de l’Heptaméron*, París, 1971 [1944], p. 7.

partió de la idea de que el medio natural afecta muy de cerca la vida rústica”) (p. 17), pero quizá más a la manera de los geógrafos humanos franceses,⁷ que a la manera de Braudel que se hubiera sentido encerrado en el terruño de San José de Gracia. Por eso mismo la obra es sin duda más cercana de los escritos de Gaston Roupnel, híbrido de geógrafo y de historiador sobre quien regresaremos.

Todo eso revela con claridad que existen afinidades evidentes pero ninguna filiación, repitámoslo. Primero, porque por extraño que eso pueda parecer no hay ninguna microhistoria francesa comparable, son demasiado acorazadas con cifras, lo autores se protegieron demasiado en contra de las irradiaciones afectivas que podían ser emitidas. *Pueblo en vilò* está lejos de estas certidumbres y de todo este aparato, y si algunas cifras le escapan, don Luis se disculpa de eso: “para no quedar fuera de la manía actual, se ha cuantificado más allá de lo razonable, aquí y allá se han deslizado terribles ringlas de números” (p. 17).

Si existiera un modelo francés de microhistoria, quedaría sin valor aquí, dado su fecha de publicación: la obra maestra de Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, salió de la imprenta hasta 1975. Por lo demás, y fuera de las inevitables confluencias entre dos obras ligadas a espacios rurales estrechos, las diferencias son notables entre los dos libros y podríamos decir entre las dos pulsiones históricas. Podemos oponer un Montaillou sombrío, estricto, engrandecido por la tragedia a un San José de Gracia abierto, flexible, oscilando entre epopeya y tragicomedia. Fuerza de las montañas de los Pirineos, fluidez del campo josefino.

Llegados a este punto estamos en el corazón del debate. Por una parte, a pesar de lo que nos cueste, tenemos que reconocer que la microhistoria, en su vertiente espacial (monografía rural que no sería “demográfica”) no es el punto fuerte de la historiografía francesa y que difícilmente se pueden encontrar modelos. Italia y aun España supieron me-

⁷ Citemos aquí algunas frases de P. Vidal de la Blache, sacadas de su *Tableau de la géographie de la France* (París 1903), que le gustarán a don Luis: “Las relaciones entre el suelo y el hombre están impregnados en Francia de un carácter original de antigüedad, de continuidad [...] Durante largos siglos llevó así una vida local que se impregnó lentamente de los jugos de la tierra” (p. 3).

por circunscribir la historia de sus micro-particularismos, de sus “patrias chicas”.⁸

Sobretudo el tono de *Pueblo en vilo* viene de otros horizontes. Por tono no queremos decir únicamente este espíritu, esta forma de escribir tan particular de don Luis y que conocemos todos sino una complicidad, incluso una fusión entre sujeto y objeto que pasa insinuada en la obra, a través de las palabras utilizadas, las imágenes, todo el trabajo de escritura y aun de organización del libro.⁹ La historiografía francesa no desconoce la simpatía o como decíamos la identificación –Paul Veyne hace incluso de ella una condición necesaria a la misión del historiador– y a partir de ella cualquier historiador francés suscribe la afirmación de don Luis: “todos los pueblos que no se miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera, pero al acercarlos el ojo cargado de simpatía, como es el caso presente, se descubre en cada pueblo su originalidad” (p. 16).

Pero sabemos también que en el caso de don Luis y de San José de Gracia se trata mucho más que de una sencilla historia de simpatía (su-brayemos ya que el autor usa la palabra “amor”). Y el josefino se revela aquí debajo del historiador riguroso: “la pasión por el tema. O si se quiere, la simpatía ayudó enormemente en esta empresa”. El autor no se esconde entonces: de su cohabitación con San José de Gracia, de las tranquilas tertulias, bajo la granada china del patio de la “casa grande y vieja del pueblo”, de sus interminables paseos a través del universo físico y mental por el pueblo nació una historia “pasional” –en el buen sentido del término–. Encerrado en una red densa de recuerdos, de relaciones, de sentimientos, el autor es sin duda físicamente (emocionalmente) más solicitado, menos protegido. Pero es intelectualmente más libre: escogió aceptar estas presiones, este riesgo, esta simpatía, este amor, esta

⁸ Véase C. Violante (coord.), *La storia locale*, Bolonia, 1982; *Fuentes y metodos de la historia local*, Zamora, 1991; *Taller de historia*, núm. 3, Valencia, 1994. En el marco francés, los geógrafos y sociólogos se encuentran más preocupados hoy, véase sobretudo G. Di Meo, *L'Homme, la Société, l'Espace*, París, 1991.

⁹ “Ni siquiera se hizo un catálogo de los temas que convendría resolver. Se entró al asunto con un mínimo de ideas previas y prejuicios, con mucha simpatía y algunas anti-patías” (p. 19).

pasión. Este carácter, este arte de la escritura histórica son más anglosajones que franceses. En la época que don Luis cerraba su manuscrito, John Womack abría su *Zapata y la Revolución mexicana*, con una profesión de fe clara: “no trato de elucidar aquí abstractas cuestiones de clase. Esta obra es un estudio de historia social y no de sociología histórica. Y es un relato, y no un análisis”.¹⁰ Es cierto que estos últimos años, la historiografía francesa perdió el sentido del relato y la libre fluidez que lo acompaña.¹¹

¿Un relato histórico apasionado? *Pueblo en vilo* es mucho más que eso, es un testimonio único sobre el mundo rural mexicano. En diversas ocasiones, el autor lo subraya: “la introducción de la obra se sustenta, por regla general en información escrita; los cuatro primeros capítulos en tradiciones orales y los siguientes en lo que vi y viví de cosas y casos”, o aún, “en la última parte abandono el papel de bracero e intermedio, meto mi cuchara y me pongo a opinar” (p. 22 y 26).

Este valor inestimable de la obra, fuera de nuestros patrones de pesos y medidas historiográficos franceses, fue bien entendido por los editores franceses que incluyeron *Les barrières de la solitude. San José, village mexicain* (Las barreras de la soledad. San José, pueblo mexicano), título de la obra en francés, en la prestigiosa colección *Terre humaine* (Tierra humana). Ahí las barreras de la soledad se codean con otros testimonios sobre la condición y el pensamiento humanos, en primer lugar *Tristes tropiques* de Claude Lévi-Strauss. Sobretudo se podría hacer una lectura a doble o triple voz con otras dos obras de la misma colección. Primero con *Le cheval d'orgueil* (El caballo de orgullo) de Pierre-Jakez Hélias, que describe con minucia, sensualidad y nostalgia otro “mundo que hemos perdido”, el de su pueblo de Bretaña, hacia 1900. Es sin duda el autor que se acerca más a don Luis, aun si no posee la misma fuerte estructura histórica. Después viene la *Histoire de la campagne française* (Historia del campo francés), de Gaston Roupnel donde este último muestra un

¹⁰ México, 1969, p. XII.

¹¹ Con excepción del regreso a la moda, por cierto ambigua, de la biografía, entre las cuales el *Luis XIV* de F. Bluche ha sido el preludeo (París, 1986). Sin embargo el *Saint Louis* de P. Le Goff (París, 1996) que maduraba desde hace mucho tiempo, no pertenece a esta corriente.

amor, una complicidad respecto a su objeto (el paisaje rural francés), que tiene pocos equivalentes: algunas de sus páginas podrían parecer gonzalianas. No es indiferente comentar que esta obra, sin duda más personal que científica (en el sentido universitario estrecho de la palabra) permaneció al margen, incluso desconocida.

Aquí quizá sería el momento de citar algunas líneas de esta obra intuitiva y genial, de un hombre que fue a la vez viñador, geógrafo, etnólogo e historiador pero que fue más que todo un hombre de Borgoña, es decir con los dos pies plantados sobre una tierra aún no removida (Roupnel escribía hacia 1930), y la cabeza debajo de un cielo cambiante. Don Luis apreciará su estilo cariñoso para observar y registrar el paisaje:

El viejo camino es así como el rasgo definitivo, la arruga excavada por la edad avanzada sobre esta cara doliente de nuestro campo. Esta arruga, podemos decir que nada la borra y que deja sus huellas indelebles. Reconocemos el antiguo camino aun cuando ya es sólo una vía abandonada, un sendero devastado, un vestigio inseguro que se borra bajo la gleba".¹²

Ya desbrozamos el terreno entonces, *Pueblo en vilo* sigue siendo exterior a las corrientes dominantes de la historiografía francesa, pero por lo tanto está profundamente de acuerdo con ciertas caras del pensamiento francés –no olvidemos que surge de un pueblo que tiene raíces campesinas que afloran a una o dos generaciones atrás. Aquí también, curiosamente, la historiografía francesa presenta puntos débiles: en materia de cultura campesina y popular, los análisis se pierden a menudo en discusiones sobre sus orígenes, sus vínculos con las culturas de las élites, el papel de los “pasadores culturales” (y otros intermediarios culturales)... Nada que ver con estos relatos, ahí también tan necesarios y que encontramos bajo plumas no-francesas (Nathalie Z. Davis o Carlo Ginzburg). Por supuesto existen excepciones muy honorables como el Montaignou ya citado o los trabajos de P. de Saint-Jacob sobre los campesinos de Borgoña en víspera de la Revolución de 1789.¹³

¹² *Histoire de la campagne française*, París, 1974 [1932], p. 74.

¹³ *Les paysans de la Bourgogne du Nord au dernier siècle de l’Ancien Régime*, París, 1960.

Pero quizá esta bajada antropológica en el universo de las antiguas sociedades rurales es menos necesaria en Francia que en otra parte, ya que existe un “relato-testimonio” sobre la cultura popular (entonces campesina en su mayoría), con la obra de Francisco Rabelais. Es el autor francés más grande del siglo XVI y podemos colocarlo al lado de Shakespeare y Cervantes. En el siglo pasado, es Michelet que definió mejor su genio: “Rabelais recogió aun la sabiduría de la corriente popular de los viejos dialectos, de los dichos, proverbios, farsas estudiantiles en la boca de la gente simple y de los locos. Y a través de estas locuras aparecen en su grandeza el genio del siglo y su fuerza profética”.¹⁴ Considerado como un simple autor satírico que huele a azufre,¹⁵ es en realidad el intérprete de la cultura popular, campesina, la más original de su tiempo: la traduce y sobretodo la “vampiriza”, la sublima y se apropia de ella tal como Bruegel el Viejo en sus cuadros. Pasa a través del prisma de la erudición más elevada de un humanista.

No se trata aquí de ruborizar, ni de construir comparaciones que no tienen lugar sobre los méritos recíprocos de las dos obras esencialmente diferentes, pero podemos destacar la mirada de don Luis sobre su universo mestizo y rural, utilizando los filtros que nos transmiten *Gargantua* y *Pantagruel* de Rabelais. Para los que leyeron a este autor, lo que sorprende a primera vista es el apetito alegre (pantagruélico) con el cual mastica las palabras: tuerce el vocabulario, acumula las expresiones, utiliza sin moderación los dichos y las coplas sacados de la sabiduría popular. Hay una subversión de la lengua. Encontramos las mismas prácticas (más sensatas, es cierto) en *Pueblo en vilo*: no podemos olvidar ningún dicho desde “entre santo y santo pared de canto” (p. 319) hasta “que cada quien se rasque con sus uñas” (p. 374). En todos estos proverbios sobrevive el espíritu burlón, individualista y a menudo escéptico del campesinado occidental. En lo que concierne a las enumeraciones y acumulaciones, don Luis no se queda atrás y dedica toda una sección a “otras doscientas palabras indicadoras de cambio” (p. 317-320). ¿Se trata de caprichos de autores, en busca de virtuosidad? No, es la traducción,

¹⁴ Citado en M. Bakhtine, *L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen-Age et sous la renaissance*, París, 1970, p. 9.

¹⁵ L. Febvre, *le problème de l'Incroyance au xvie siècle, la religion de Rabelais*, París, 1942.

literal en su forma, de la importancia del verbo para sociedades que pertenecen al universo de la oralidad y de la memoria (no olvidemos que el paso de la memoria oral a la memoria escrita pasa por la lista).¹⁶

El mundo en el cual estaba sumergido Rabelais tenía fibras comunes con el josefino, aun después de cuatro siglos de distancia. Aun si la palabra "transición" está bastante devaluada en historia, la podemos aplicar en toda su extensión para el Renacimiento y para este último siglo vivido por San José de Gracia: en los dos casos se opera el paso de una tradición a una modernidad, siguiendo un curso donde el elemento religioso es determinante. Todo esto en medio de desórdenes a veces pintorescos, a veces dramáticos pero que nuestros dos autores pintan con apariencias tragicómicas. ¿Cómo no pensar en las guerras picrocolinas, sátira sarcástica ("de Rabelais" entonces por excelencia) de los conflictos armados, irracionales y mezquinos al leer las páginas que don Luis dedica a la Revolución ("la revolufia")? Tratándose de la religiosidad, la similitud es más difícil de medir: Rabelais escribe antes del maremoto de las primera Reforma católica (postridentina) y conserva una amplia libertad de pensamiento dictada por Erasmo. San José nace en medio del siglo XIX, antes de la segunda Reforma católica (la de Lourdes y del Cura de Ars) y aquella lo acompaña hasta hace poco tiempo. Sin embargo es realmente la misma práctica, en sustancia, denunciada por uno, descrita por otro: repique de campanas y carillón, leyendas doradas y mitos, santuarios, santos, misas y luminaria... La religión es ahí asunto de hombres, la religiosidad de mujeres: esta verdad que se está apenas colocando en la época de Rabelais resplandece en el San José de los años 1900, con el cura Othón y las hijas de María.

Las dos sociedades son tradicionales, acompañadas de su lote de terrores, de represiones y otras sublimaciones (muerte masiva, hambruna, fiesta popular, banquetes "pantagruélicos"). Bosch y Bruegel nos dejaron testimonios desgarradores. Las mismas obsesiones (esta vez josefinas) aparecen bajo la pluma de don Luis: "en adelante la imagen de los colgados con la lengua de fuera se volvió rutinaria" (p. 168).¹⁷ No volve-

¹⁶ J. Le Goff, *Histoire et mémoire*, París, 1988, p. 122.

¹⁷ "La escasez de alimentos, el hambre,... la estampida, la muerte de los de la defensa civil, las casas en llamas y la mortandad de la gripe española" (p. 172).

remos aquí sobre el extraordinario apetito de Gargantua, el gigante, pero subrayaremos el cuidado que don Luis aporta a las fiestas, especialmente las que organiza don Federico González, y a “la admirable digestión” (p. 357) de sus compatriotas.

Gargantua, don Federico González, son los héroes de estos libros, personajes míticos o fuera de la norma, capaces de hacer soñar o de dirigir el mundo campesino. Las realidades novelescas e históricas pueden intercambiarse, penetrarse mutuamente y el muy real don Federico (a quien *Pueblo en vilo* está dedicado) es como un doble, apenas retocado, del terrible monje, amigo de Pantagruel, el hermano Juan de los Entommeurs. Hombres de Iglesia, son también hombres del siglo, con proyectos sociales y educativos auténticos. Uno es amateur de banquetes, el otro de charreadas y de fiestas; para acabar son magníficos religiosos-guerreros, como en el feliz tiempo de las cruzadas.

No hay gigantes en San José de Gracia, pero es la misma savia que la que corre en las venas de la obra de Rabelais, una savia que sube desde la tierra no siempre muy bien domesticada como es a menudo el caso en estas sociedades donde la explosión viene después de la rutina. Así, en este contexto es inútil volver a la historiografía. Lo esencial nos escaparía: con *Pueblo en vilo*, México posee una de estas grandes epopeyas campesinas que jalonan todas las grandes civilizaciones agrarias.

Esto podrá servir de conclusión al tema académico. Pero dado que se trata de un homenaje no puedo hacer menos que aportar mi piedra al edificio. En el transcurso de una de mis primeras entrevistas con don Luis en 1969, me permití, joven y presuntuoso estudiante francés emitir una crítica sobre un colega (mucho más dotado que yo). Don Luis me contestó: “es joven todavía”. Descubrí entonces que don Luis es tolerante. Hoy, al fluir del tiempo, me doy cuenta que esta frase me estaba destinada; y descubro ahora que don Luis además de ser tolerante es también bueno, y...optimista.

Traducción de Catherine Bony

